
DIALOGO QUINTO.

*Gastritis y enteritis crónicas; hipocondría;
disenteria.*

EL SABIO.

HE oido proferir á menudo en la sociedad la palabra de gastritis crónica, desde que la doctrina fisiológica corre con aceptacion; pero mi médico me aseguraba que esta enfermedad era una pura ilusion, y no he hecho investigacion ninguna sobre este particular.

EL MÉDICO JÓVEN.

Hubiera malogrado Vm. su trabajo. Conocemos nosotros, por las tareas del fundador de la medicina fisiológica, las gastritis y enteritis crónicas, de que he notado á Vm. una ligera modificacion al hablar de los achaques que preceden y preparan á menudo la apoplegía. Voy á

presentárselas á Vm. en grados mejor expresados.

El que digiere con dificultad, aunque tenga todavía bastante apetito, ó aun mayor que de costumbre; que experimenta ardores en la region del estómago, eructos, flatos; que siente subirle fuegos al rostro, ó que se queja de males de cabeza, dos ó tres horas despues de haber hecho sus comidas; que resiente en la misma época dolores mas ó ménos punzantes en la boca del estómago ó bajo las costillas falsas, de uno ú otro lado, lugares que llamamos los *hipocondrios*; que experimenta frecuentemente entónces un fuego interior, una impresion de fatiga, y aun una ligera accion de fiebre, está atacado de una gastritis crónica. Aun diré mas: casi cuantos tienen trabajo para digerir, cuyo estómago, muy vigoroso en otros tiempos, se vuelve caprichoso y no soporta ya mas que ciertos sustentos; los que están obligados á pensar de continuo en su estómago; los que no pueden soportar el hambre sin experimentar en él, contra el hábito,

vivos dolores; los que tienen necesidad de pasearse, de beber, para obrar su digestión; los que pasan malas noches con sueños penosos y que se despiertan con la boca mala, los miembros fatigados, la cabeza pesada; casi todos estos individuos, me atrevo á repetirlo, están atacados de una gastritis crónica.

EL SABIO.

Es pues esa enfermedad una de las mas frecuentes que existen; porque conozco á pocas personas que no experimenten algunas de las desazones que Vm. está indicando. ¿Son esos los únicos indicios de este afecto?

EL MÉDICO JÓVEN.

Si examinamos á estos enfermos con atención, les hallamos comunmente la lengua encendida, ó blanca con manchas hácia su basa; males de garganta, calores y sequedades de gargüero; las conyuntivas, ó blanco de los ojos, empañadas y ligeramente rojizas; las mejillas bañadas con una tintura de encarnado subido, y ma-

culadas y cárdenas á veces; los labios desecados, con visos de fuego en lo interior y hácia las encías. Se quejan de haber perdido sus fuerzas, de no sobrellevar ya la fatiga ni la tarea mental; cogen aversion á las cosas de que eran amantes; de la tristeza, del mal humor; no pueden desentenderse de adversos anuncios interiores, y se ven martirizados á menudo, con el deseo del suicidio: su robustez compatible por harto tiempo con este estado, se menoscaba por último; pierden las ganas, y están amenazados de la consuncion ó espuestos á caer en una violenta calentura que, con mucha frecuencia, toma el aspecto de las que han servido de materia á nuestras conferencias.

EL SABIO.

¡Qué estoy oyendo! He aquí la pintura de una enfermedad que ha traído martirizada á mi muger por espacio de mas de cinco años. Suplícole á Vm. que prosiga.

EL MÉDICO JÓVEN.

El que siente el ardor en medio del vien-

tre, alrededor del ombligo, ó un dolor constante mas ó ménos vivo, y comunicado con frecuencia á la espalda, en uno de los dos hipocondrios; que resiente cortos cólicos sordos, incomodidad, ó aun solamente una molesta comezon, ó especies de picaduras, ya en un punto del vientre, ya en otro; que se ve atormentado de flatos que dilatan dolorosamente sus intestinos, y no salen mas que con sumas dificultades; que está habitualmente estreñado, pero que á veces echa, por medio de una especie de diarrea precedida de largos y fuertes retortijones, flemas difluentes ó concretas, como especies de membranas, este se halla atacado de una inflamacion lenta de los pequeños intestinos, ó intestinos cenceños, enfermedad á que damos el nombre de *enteritis crónica*. Si conserva él las ganas, si la primera digestion se hace sin dolor, es simple la enfermedad; si los señales de la gastritis crónica se asocian con los de la enteritis, se complican estas dos enfermedades; y es bueno que Vm. sepa que la una engendra la otra, y que ámbas pueden

acarrear las fiebras agudas, la consuncion ó la hidropesía.

EL SABIO.

Hago memoria de haber notado todos los síntomas que Vm. acaba de enumerar en un niño de un amigo mio, de edad de seis años. Murió de consuncion, con una calentura larga y violenta, teniendo el vientre tirante, lleno de tumores duros, y últimamente de agua. Conservó sin embargo un grandísimo apetito hasta el fin. Los médicos declararon que el niño se habia rendido á la obstruccion, enfermedad que atribuian ellos al infarto de las glándulas del mesenterio.

EL MÉDICO JÓVEN.

Eso es por cierto. La superficie interna de los intestinos rojea, se pone sensible, se inflama; y las glándulas inmediatas se hinchan, como las ha visto Vm. hincharse en los males de garganta: lo cual constituye la *obstruccion* de los niños segun los autores, enfermedad que asalta tan bien á los adultos como á las criaturas.

EL SABIO.

Esta enfermedad no empieza pues con la obstruccion de las glándulas, como lo aseguran los antiguos médicos.

EL MÉDICO JÓVEN.

No, Señor; tomáron ellos aquí el efecto por la causa, como en la tisis pulmoniaca, porque no conocian las señales de la inflamacion de la superficie interna del canal intestinal.

EL SABIO.

Esto es pues lo que se llama *obstruccion del empeine ó del mesenterio*.

EL MÉDICO JÓVEN.

Sin contradiccion ninguna; pero no son estas las únicas obstrucciones crónicas que produzca la inflamacion del canal digestivo. En la del estómago, llegando á ulcerarse la membrana que cubre su interior, se espesan las ternillas de esta especie de saco, se ponen duras, lo cual constituye el *cirro y cáncer* de esta víscera. Cuando está colocado en la abertura que se llama *piloro*

ó portero, por donde los alimentos deben pasar á los intestinos, se opone á su progresion, y produce vómitos incurables. Cuando ocupa otras regiones del estómago, el enfermo puede vivir por mas tiempo, pero padece mucho, y acaba siempre pereciendo en un estado de consuncion. Si reina inflamacion por espacio de mucho tiempo en el intestino superior que se llama *duodeno*, ó algo mas adelante en los pequeños, participa de su enfermedad el hígado; el que se hincha, se pone dolorido, y á esto se da el nombre de *obstruccion del hígado*.

EL SABIO.

Y quiere Vm. hacerme creer que se les ocultaban á los antiguos unas enfermedades tan evidentes y palpables.

EL MÉDICO JÓVEN.

Eran conocidos los síntomas y desórdenes; pero se apreciaban mal. La hinchazon de las glándulas del mesenterio, la del hígado, se atribuian á la viscosidad de la linfa, á la dificultad de su paso por medio de estos

tejidos; y se creia remediarlo dando estimulantes, bajo el especioso título de *aperitivos, diluentes, desobstruentes*. Estaban destinados á resolver estos infartos; pero, en vez de llenar las intenciones de los médicos, producian un efecto diametralmente opuesto, porque aumentando ellos la inflamacion de la superficie interna del estómago é intestinos, daban nuevo incremento á la causa que habia ocasionado lo que se llamaba las obstrucciones; y esta duplicada exasperacion acarrea mas prontamente la destruccion de las vísceras y la del individuo.

EL SABIO.

¿Es posible, soberano Dios! que hayan incurrido en tales errores Hipócrates, Galeno, y cuantos varones insignes ilustraron el arte de curar desde la restauracion de las letras hasta nuestros dias? Si así fuera, la medicina no habria sido nunca una ciencia, sino un confuso agregado de prácticas mas ó ménos ridículas y perjudiciales.

EL MÉDICO JÓVEN.

Si la enormidad del caso lo hace difícil de creer, no lo hace ella imposible. Daré á conocer á Vm. mas tarde la causa de todos estos errores; pero debo completar la historia de las flemasías crónicas del canal digestivo.

EL SABIO.

En hora buena; pero debo prevenir á Vm. que la tremenda acusacion que acaba de intentar contra la medicina antigua me hará sumamente delicado sobre las pruebas.

EL MÉDICO JÓVEN.

Resultarán ellas, Caballero, de los aciertos de la curacion preservativa; porque no cuenta Vm., espero, con que dé yo medios de curar tan horrendas desorganizaciones como aquellas cuya pintura acabo de hacerle.

EL SABIO.

Sin duda que no. El público se entretiene con la ilusion de que será posible

deshacer los cirros que tiene en las entrañas; pero si no se acierta á resolverlos en lo exterior del cuerpo ¿como lo conseguirán, cuando están colocados en los órganos interiores? Quedan pues las operaciones quirúrgicas. Alcanzo ciertamente que puedan libertar á un enfermo atacado de una crecida masa cancerosa, ulcerada, supurante, aun gangrenosa, en lo exterior del cuerpo, desembarazándole de estos peligrosos pesos por medio del hierro ó fuego; pero ¿como ir á cortar ó quemar el estómago, los intestinos, el hígado, cuando han llegado al mismo grado de alteracion? Puede vivir uno sin un brazo, sin un pecho, sin un ojo; pero no viviria con una víscera amputada ó cauterizada. Quedaré satisfecho si tiene Vm., para precaver estas horrendas desorganizaciones, algunos medios mas eficaces que los que usáron hasta nuestros dias.

EL MÉDICO JÓVEN.

Los hallarémos, Caballero, en los anti-flogísticos: al que se halle atacado de la

gastritis crónica, le prescribiremos sangrías en la región del estómago; agua ó tisanas refrigerantes por bebida; y echaremos cuidadosamente á un lado todos los medicamentos llamados *estomacales, tónicos, digestivos, corroborantes*. Le privaremos de alimentos durante un tiempo mas ó ménos largo, si tiene alguna calentura, si las digestiones son muy doloridas ó padece vómitos; despues tiraremos á restituirle sus fuerzas, sin exasperar la inflamacion, por medio de los alimentos mas suaves, tales como la leche, los farináceos mas ligeros, verduras tiernas, carnes blancas, y le conduciremos de nuevo gradualmente á su régimen habitual.

EL SABIO.

Deténgase Vm.!.. acaba de hacer casi mi conquista. Mi desgraciada parienta se vió martirizada durante mucho tiempo por los amargos, tónicos, vino, quina, carnes mas fuertes, y aguas minerales. Su flaqueza era estremada; sufria en todas las partes sensibles de su cuerpo; vomitando, sin ex-

cepcion, cuanto entraba en su estómago. La creia yo sin esperanza, cuando me la restituyó un accidente que en mi concepto debia dirigirle el golpe mortal. Mi muger, cuya inalterable dulzura le es á Vm. bien conocida, se volvió repentinamente iracunda, furiosa, y mostró visos de haber perdido el juicio. En su delirio, manifestó una invencible aversion á los médicos, y drogas suyas; aun hizo mas, desechó á su marido, á sus hijos, y quanto le era mas querido, y declaró que estaba muerta y que no debia tomar ya alimento ninguno. Se pasaron tres dias enteros sin que mi muger quisiera consentir en tragar el menor bocado. Cesáron los vómitos, pero la atormentaba una sed voraz; consintió en beber agua; y, por espacio de mas de veinte dias, rehusó cualquiera otra cosa. Pasaba los dias, inmóvil, taciturna, en la obscuridad, afectando la planta de una persona sepultada, y desechando á todos los suyos, excepto una de sus hijas. Quise substituir, por sugestion de los médicos, su bebida de predileccion con leche ó cal-

do; esta superchería encendió su furor, y, desde aquel instante mismo, no consintió ya en recibir agua mas que de las manos de su hija, á la que ella miraba como incapaz de engañarla. Su debilidad llegó á ser excesiva, y la creia yo agonizante, cuando ella recuperó el juicio. Le ofrecimos alimentos; mi muger no aceptó mas que leche; y le fué tan bien con ella, que no vivió, por espacio de tres meses, mas que con este líquido, rogando encarecidamente, pero con su acostumbrada dulzura, que no le hiciesen experimentar contradiccion ninguna. Habia puesto yo este hecho en la clase de los casos raros, inesplicables, que no prueban nada; pero veo que él está enlazado con la teoría de Vm.; y si lo restante corresponde á esto, seré presto de los suyos.

EL MÉDICO JÓVEN.

Esa cura, que le parece tan singular á Vm., Caballero, está bien distante de carecer de ejemplos. Un general romano, en vísperas de perecer víctima de los pro-

gresos de una hidropesía, se curó abrazando la resolución de dejarse morir de hambre. Los médicos tuvieron con frecuencia el dolor de ver curados á diversos enfermos, á quienes ellos habian desahuciado, por algunas buenas mugeres que no les hacian tomar mas que bebidas acuosas é insignificativas. Una, entre otras, obraba, á mi entender, prodigiosas curas en las enfermedades crónicas del canal digestivo, alimentando á sus enfermos con un poco de pan empapado en agua pura; pero añadía á esto un sinnúmero de lavativas sin las que hubiera podido pasarse muy bien. Estenuados muchos desventurados con la gastritis, hallaron su cura limitándose á la leche de muger, ó á cualquiera otra, por único sustento; pero no conviene la leche á todos los estómagos. Los casos de esta especie no estaban ignorados de los médicos, pero hacian estos como Vm.: no deducian consecuencia ninguna de ellos, y continuaban emponzoñando con sus drogas á los enfermos. El mismo hecho existia con respecto á la fiebre ama-

rilla. Aunque los médicos sabian que las mulatas tenian la práctica de curar esta enfermedad con la limonada administrada en bebidas, en lavativas, y las fricciones en todo el cuerpo con los cachos de limon, no cesaban sin embargo de atracarlos de quina y bebidas espirituosas. Todo ello se halla bien cambiado actualmente: no hay cura ninguna de empíricos, de buenas mugeres, por mas estraordinaria que ella pueda parecer, sin exceptuar las tan afamadas poco ha del párroco de Vauchassis, que no se enlace con los principios de la doctrina fisiológica. Pero no es todavía tiempo de esplicarle á Vm. todo esto, y voy á acelerarme á terminar lo que tengo que decirle sobre la curacion de las inflamaciones crónicas del canal digestivo.

EL SABIO.

Le ruego á Vm. un instante: dígame, si le es posible, porqué mi muger esperiméntó desde luego alivio con los tónicos, porqué se puso loca, y porqué su gastritis

crónica no produjo cirro en el piloro ó en cualquiera otra region del estómago.

EL MÉDICO JÓVEN.

Mi respuesta será la continuacion de la materia en que me ocupo. En el principio de las irritaciones crónicas del estómago que no se elevan hasta el grado de la inflamacion, no ha perdido el estómago su aptitud para ser modificado agradablemente por los alimentos, por los tónicos, y para obrar la digestion. No se enardece de un modo que se ponga dolorido mas que hácia el fin de la digestion, dos ó tres horas despues de la comida; pero se enfria despues de terminada esta operacion. Si, en esta época, se dan estimulantes, como vinos fuertes, carnes succulentas, las acoge bien el estómago; y la impresion que recibe de ello, disminuye por el pronto su sufrimiento: los dolores que resentimos en él, se encubren, durante algun tiempo, por una sensacion de fuerza y bienestar; pero habiendo tomado la irritacion un

nuevo incremento al cabo de este tiempo, este órgano rehusa todo alimento, crecen los dolores, y el enfermo comienza á menoscabarse. Los vomitivos, purgantes, y aguas minerales suspenden tambien temporalmente el dolor de esta viscera, evacuando directamente ó llevando á la piel los humores que la irritacion habia acumulado en su interior: pero obran como los tónicos; aumentan al cabo aquella irritacion que habian calmado; ella se eleva hasta el grado de la inflamacion, y queda totalmente suspensa la digestion.

Las suspensiones del dolor del estómago son todavia bastante fáciles de producir, cuando no está irritado mas que en un punto de su estension; porque modificada agradablemente con los estimulantes la parte sana, causa una sensacion de gusto que hace olvidar el dolor de la parte enferma. Esta, sin embargo, se vuelve presto mas sensible; se inflama mas, la irritacion se comunica á lo restante; y se llega al resultado que acabo de espresar á Vm. Estas son las razones por las que produ-

cen los fortificantes un alivio instantáneo.

El enagenamiento mental depende del influjo del estómago irritado sobre el cerebro. Cuantos padecen habitualmente del estómago, tienen, al cabo de un cierto tiempo, mas ó ménos perturbado el juicio; están inquietos, y se figuran experimentar infinitas dolencias: los llaman hipocondríacos. No hay mas que un grado de este estado al de la demencia, y su muger de Vm. le habia pasado; pero esta especie de locura se cura con la causa que la engendró.

Por lo que hace á los afectos cirrosos, no los promueve la inflamacion crónica del estómago mas que con su estremada prolongacion, y mas fácilmente en los individuos linfáticos que en los otros; pero poseemos hechos que nos dan la seguridad de que á puro perseverar en el régimen temperante, se triunfa de los cirros y aun de los cánceres ulcerados internos, con tal que el desórden sea poco profundo, y no se haya comunicado á un gran número de órganos.

EL SABIO.

Estas son cosas realmente curiosas, y de las que yo no me habia formado idea ninguna. El temor de las calenturas malignas, el del cáncer y tísica pulmoniac, me tenian acosado de continuo. Me figuraba que estas enfermedades podian caer de repente, como un ave de rapiña, sobre un infeliz, á pesar de las sangrias de precaucion, de los cauterios, de las purgas y mas severo régimen: se me ocultaba que estas enfermedades no eran mas que efectos de inflamaciones abandonadas, y que tenia uno casi siempre lugar para preservarse de ellas.

EL MÉDICO JÓVEN.

No hay sin embargo mas cierta verdad. Pero déme Vm. su licencia para hablarle de la disenteria; porque ella es naturalmente una continuacion de la gastrítis y enterítis.

EL SABIO.

Pero no ha dicho Vm. nada de la curacion de esa última.